

APARTADO 2.º

MEDIACION DE LA SALVACION POR LA IGLESIA

§ 176

La Iglesia en cuanto comunidad de salvación e institución salvadora

Nadie niega que la Iglesia es comunidad de salvación. Es la comunidad de los que han sido llamados y sacados del mundo por Dios y reunidos por El en torno a Cristo. Por la fe y el bautismo son transferidos a Dios. Como pertenecen a Dios, la Sagrada Escritura los llama Santos. La Iglesia, por ser comunidad de salvación es comparada frecuentemente a un organismo. San Pablo la llama Cuerpo de Cristo, para expresar con ello la cualidad de tal organismo. Porque la Iglesia no es una comunidad cualquiera, sino una comunidad en Cristo. Tiene la señal de Cristo. Participa de su carácter divino-humano. Por tanto, está también incorporada a la relación en que Cristo está respecto al Padre: en la relación de filia-

ción. Los miembros de la Iglesia representan la comunidad de los que por Cristo pueden llamar «Padre» a Dios en el Espíritu Santo. En tanto que no se retracten de su decisión a favor de Cristo, de la conversión que hicieron en la fe y bautismo y no vuelvan a su antiguo pasado, al viejo Adán, representan la comunidad de los salvados (véase § 166 b, II).

Surge la cuestión de si esta comunidad por su parte puede ser y es también salvadora. ¿Se puede suponer que la Iglesia, que es el refugio de los salvados de los abismos del pecado, que es la protección de los elevados por la gracia de Dios desde la perdición hasta la vida celestial, puede emprender por su parte acciones salvadoras? ¿Puede, el que debe su propia salvación totalmente a Dios, obrar activamente en la salvación de otros? En esta cuestión se ve una profunda diferencia entre la fe católica y la doctrina defendida por la mayoría de las confesiones y teólogos protestantes. Según la doctrina católica la Iglesia en cuanto comunidad de salvación es a la vez institución salvadora, que cuida de la salvación de los hombres. En cambio, según la concepción evangélica, la salvación es obrada sólo por Dios. Según la doctrina católica Dios conecta en su propia acción salvadora a la Iglesia, la predicación de la palabra y la administración de sacramentos, la oración y el ejemplo de la Iglesia. El Protestantismo opina, en cambio, que la conexión de la actividad humana, perjudicaría al honor de Dios. Su deseo es no dejar que el honor de Dios sea empañado por la creatura. Preocupado por el íntegro honor de Dios, lucha por el principio de la *sola gratia*. Sólo Dios se revela esplendoroso en este modo de pensar.

Es difícil conciliar la tesis protestante de la soliaactividad de Dios con la realidad histórica de Cristo. Es curioso, de hecho, que el teólogo evangélico Sohm hable casi siempre de la divinidad de Cristo, pero no del hombre Jesucristo. Bajo el imperio del principio protestante de que todo lo hace Dios solo, parece que no queda ningún espacio para una acción real e histórica del hombre Jesucristo. Frente a la omnipotencia de la actividad divina parece también que no hay ninguna posibilidad para una acción real de Jesucristo. La doctrina de la soliaactividad de Dios provoca el peligro del Docetismo, según el cual el Hijo de Dios sólo habría tenido en Jesucristo un Cuerpo aparente y, por tanto, una aparente actividad.

Frente a ello la doctrina católica aparece tanto en la decisión del Concilio de Trento como en la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII. En la decisión del Concilio se expone la función salvadora sobre

todo de la administración de sacramentos por la Iglesia, en la encíclica de Pío XII la función salvadora de toda la Iglesia. Vamos a citar de nuevo el texto de la encíclica que se refiere a este tema: «Ni por esto hay que pensar que la Cabeza, Cristo, estando colocada en tan elevado lugar, no necesita de la ayuda del Cuerpo. Porque también de este místico Cuerpo cabe decir lo que San Pablo afirma del organismo humano: no puede decir... la cabeza a los pies: «no necesito de vosotros» (*I Cor.* 12, 21). Es cosa evidente que los fieles necesitan del auxilio del divino Redentor, puesto que El mismo dijo: sin mí nada podéis hacer (*Jo.* 15, 5) y, según el dicho del Apóstol, todo el crecimiento de este Cuerpo en orden a su desarrollo proviene de la Cabeza, que es Cristo. Con todo, hay que afirmar, aunque parezca completamente extraño, que Cristo también necesita de sus miembros. En primer lugar, porque la persona de Cristo es representada por el Sumo Pontífice, el cual, para no sucumbir bajo la carga de su oficio pastoral, tiene que llamar a participar de sus cuidados a otros muchos, y diariamente tiene que ser ayudado por las oraciones de toda la Iglesia. Además nuestro Salvador, dado que no gobierna la Iglesia de modo visible, quiere ser ayudado por los miembros de su Cuerpo Místico en el desarrollo de su misión redentora. Lo cual no proviene de insuficiencia por parte suya, sino más bien, porque El así lo dispuso para mayor honra de su Esposa inmaculada. Porque, mientras al morir en la Cruz concedió a su Iglesia el inmenso tesoro de la redención, sin que ella pusiese nada de su parte, en cambio cuando se trata de la distribución de este tesoro, no sólo comunica a su Esposa sin mancha la obra de la santificación, sino que quiere que de alguna manera provenga de ella. Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los Pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con la que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador» (Edic. «*Sal Terrae*», págs. 17-18).

En este texto se toma plenamente en serio la actividad salvadora histórica de Cristo y su dimensión sobrenatural. Se acentúa también que Cristo habría podido obrar inmediatamente la salvación sin intervención de ayudantes humanos, es decir, sin conexión de más causas salvadoras, pero que no eligió ese modo posible. La encíclica papal se basa, por tanto, en un realismo histórico-sagrado y a la vez

en una ontología supra-histórica. El papa acentúa que Cristo no hizo lo que podría haber sido hecho de suyo, sino que se decidió por una auténtica transmisión histórica de la salvación a cada hombre. La Iglesia da expresión viva al inescrutable misterio que hay en ello. Para el hombre es incomprensible que Dios le haya conectado en su actividad salvadora. Esto tiene por consecuencia, que del hombre conectado por Dios, de su palabra y acción, depende la salvación eterna de otro o, más bien, de otros. La acción de los hombres recibe así una incalculable profundidad y una importancia imprevisible. Más allá del umbral de todo proceso histórico influye en la vida eterna. Por voluntad de Cristo esto depende de la palabra que uno pronuncie en su nombre y del signo que alguien haga en su nombre. El papa llama a tal misterio verdaderamente tremendo.

En primer lugar vamos a explicar más detenidamente el sentido de la doctrina católica y después citaremos los testimonios de la Escritura a favor de ella.

I. Sentido de la doctrina católica

1. *a)* Por lo que respecta al sentido de la doctrina católica, hay que retrotraerse para su explicación a la relación del hombre con Dios tal como fué causada en la creación. Dios pudo haber creado El solo el mundo. Pero no lo creó perfecto, sino en estado de desarrollo. Puso en la realidad producida de la «nada», entiéndase como se entienda, fuerzas y leyes de desarrollo, de forma que de ellas, como de un germen, se ha desarrollado el mundo con su abundancia de formas y seguirá desarrollándose hasta la hora en que sea transformado en cielo nuevo y tierra nueva. Sin embargo, Dios no se apartó de la realidad creada por El, para abandonarle inactivo a ella misma; sino que permaneció presente en la creación; sigue obrando en ella por medio de las fuerzas y leyes que El infundió en el mundo. De este hecho da cuenta un concepto dinámico de la creación y no un concepto estático de ella. La cooperación de actividad divina y creatural es un misterio impenetrable. No se puede suprimir su oscuridad eliminando una de las dos actividades. Si se suprimiera la actividad humana se socavaría la realidad de la creación, su ser y sentidos propios, su valor y su fuerza. Si se suprimiese a Dios se caería en un ateísmo iluso. En ningún caso se haría mayor honor a Dios negando la actividad de la creatura a favor de

la omniactividad de Dios. Pues el honor que se le atribuiría con tal concepción sería el honor en un gran cementerio, porque Dios, según esa teoría, no habría sido capaz de producir auténtica vida o sería el honor de un Dios panteísta, que se identifica con todo lo del mundo, con la virtud y con el crimen, con el sacrificio y con el egoísmo, con la pureza y con el vicio. Sería, por tanto, honrar la falta de carácter.

b) La cooperación de Dios y creatura no puede imaginarse como una especie de comunidad de trabajo, como que Dios hiciera unas cosas y otras la creatura, ésta muy poco y Aquél la mayor parte. Sería totalmente ingenuo suponer que Dios deja al hombre para su actividad un pequeño campo de juego en el que El no se inmiscuye. No se puede distinguir objetivamente la actividad de Dios y la de la creatura como por zonas. Pues Dios es Creador de todo y todo lo obra El. No hay nada que no dependa de El, el Creador. La distinción de la actividad divina y de la humana en la cooperación de Dios y creatura sólo puede hacerse, por tanto, desde puntos de vista formales. Dios actúa, por tanto, como Dios, como causa primera (*causa prima*), la creatura como causa segunda (*causa secunda*). Dios obra todo como Dios, la creatura hace todo como creatura, es decir, dependiendo absolutamente de Dios. Las creaturas sólo pueden ser activas bajo la influencia de Dios. Pero cuando Dios las pone en movimiento, ejecutan su propia obra en una misteriosa relación con El. Toda acción de la creatura es simultáneamente acción de Dios, sin caer por ello en el abismo de la pura apariencia, sin dejar de ser acción de la creatura. Las obras del hombre son obras de Dios mediante los hombres. Y viceversa, las obras de Dios son ejecutadas por los hombres usados y movidos por Dios como instrumentos. Da la impresión de que Dios necesita del hombre, para hacer en la creación su obra divina, no porque sea débil para realizar lo que ha decidido, sino porque ha asignado a las creaturas ser y acción propios, porque en especial se quiere servir del hombre, a quien El ha puesto en libertad, para completar su obra.

La recta comprensión de la relación a Dios existente en el carácter de creatura del hombre es el primer grado para la explicación de la actividad salvadora de la Iglesia. En este punto la primera decisión trata sobre todo de si la actividad salvadora de la Iglesia es reconocida o no. Quien niega la actividad propia del hombre

obrada por Dios, se cierra toda posibilidad de comprender y aceptar la función de institución salvadora de la Iglesia.

2. Sobre este primer grado se levanta el segundo. Pues, lo que vale de la actividad de Dios en la creación, vale también de su actividad salvadora en el proceso de la Revelación atestiguado en el Antiguo y Nuevo Testamento. Según la Sagrada Escritura sólo Dios puede salvar al hombre del pecado. Pero Dios introduce en su actividad salvadora las mediaciones creaturales. En el proceso de preparación, que tenía como meta a Jesucristo, fueron incluidos ángeles y hombres. Entre estos últimos Moisés desempeñó un papel destacado (M. Schmaus, *Mariología*). Después de una larga prehistoria Dios envió al mundo su Hijo, que iba a realizar la obra salvífica de Dios como siervo de Dios. Cumplió los mandatos del Padre. Pero a la vez representó a la humanidad en una vida histórica verdaderamente humana. En El, por una parte, obró Dios mediante el hombre (unión hipostática) y el hombre por otra parte, se entregó a Dios sin reservas (sobre el compuesto de Dios y hombre en Jesucristo, véase vol. III, § 146).

Para que la salvación obrada por Cristo se realice en cada hombre se necesita su encuentro con Cristo. Pues la obra de Cristo no obra naturalmente ni por necesidad natural. La salvación es un proceso espiritual, no biológico. Sólo quien se entrega a Cristo en la fe, alcanza la participación en su vida, muerte y resurrección. Surge aquí la cuestión de cómo los hombres, separados de Cristo en el tiempo y en el espacio, pueden entrar en comunidad real con El, es decir, cómo la mediación de Cristo entre el hombre y Dios se convierte en salvadora para el individuo. Esta pregunta representa y plantea un difícil problema. Resulta del hecho de que Cristo como verdadera figura histórica vivió en un determinado tiempo y en un determinado lugar y, sin embargo, el hombre necesitado de salvación es prisionero de su aquí y ahora respectivos. ¿Qué camino hay desde el aquí y el ahora al entonces y allí? Tal camino es abierto por la predicación de la Iglesia y por su administración de sacramentos. Cristo confió a su Esposa, como dice el Concilio de Trento, su sacrificio en la Cruz, toda su obra salvadora (D. 938), para que la actualice y haga accesible a todos los hombres de cada generación, para que conmemorara hasta el fin de los tiempos su sacrificio en la Cruz como sacrificio suyo propio, ofrecido por su Cabeza. En definitiva, es Cristo mismo quien actualiza en cada generación su obra

salvadora por medio de la Iglesia—su Cuerpo—como Señor, por medio de la Iglesia su pueblo, para que ella pueda alcanzarla y participar de su gracia y verdad participando de su vida propia. Y así la mediación de Cristo entre Dios y el hombre es continuada por la Iglesia; por medio de su predicación y administración de sacramentos es mediadora de la entrada al Mediador Jesucristo. Está autorizada y obligada a ello. Su función mediadora misma tiene a su vez carácter obligatorio. La Iglesia tiene el poder soberano de obligar a los hombres a la actividad mediadora de salvación de ella.

Esta reflexión implica la idea del carácter dinámico de la muerte y resurrección de Cristo. Quien defiende su carácter estático, como la mayoría de los representantes de la teología evangélica, no pueden aceptar tal consideración. Según ellos toda la salvación está encerrada y resumida en Cristo como en un centro que reposa en sí mismo. Cristo está tan poderoso en ese centro, que encubre los pecados de los hombres a los ojos del Padre. Quien se dirige a Cristo lleno de confianza se esconde en cierto modo detrás de la figura de Cristo crucificado, de forma que el Padre ya no le reconoce como pecador, porque sus ojos se inclinan hacia su amado Hijo. En esta concepción la Iglesia no tiene ninguna función mediadora de salvación en sentido propio. Su tarea se limita, en esencia, a la predicación, por la cual el hombre es despertado del pecado, orientado a Cristo y asegurado de la salvación obrada inmediatamente y sólo por Dios. Sin embargo, hay que acentuar que en la teología protestante actual se pueden encontrar algunos principios de la doctrina de una actividad salvadora de la Iglesia.

La tesis protestante de que Cristo es mediador de forma que su mediación no permite ninguna otra, se recrudece en las teologías que ven en Cristo solo o casi solo la divinidad y no toman suficientemente en serio lo humano con su poder activo histórico. Es una consecuencia necesaria que la actividad de la Iglesia sea entendida como mera predicación, pero no como función salvadora, si no se puede atribuir ninguna actividad salvadora en sentido estricto a la naturaleza humana del Señor. De nuevo vemos que la Eclesiología se decide en la Cristología. La verdadera comprensión de la Iglesia tiene que fracasar dada la insuficiente comprensión de Jesucristo.

Tampoco donde no es negada con tanta exageración la verdadera mediación de la Iglesia ante Jesucristo, puede ser invocado como testigo el Evangelio. El Evangelio está en contradicción con tal tesis. Ciertamente hay que conceder a la teología protestante, que de-

fiende un justificado deseo, a saber, el deseo representado en la fórmula *solí Deo gloria*. Pero al desarrollar su concepción cae en contradicción con la Sagrada Escritura y se enreda en otras contradicciones más. Por lo que respecta al segundo elemento, la teología evangélica, si ha de ser consecuente, tiene que negar el papel mediador del hombre Jesucristo. Como hemos visto Rudolf Sohm es de hecho consecuente en ese sentido. Su tesis es la conclusión necesaria del principio protestante de que el honor de Dios sólo es mantenido incólume, cuando se niega todo honor al hombre. Siguiendo ese principio hay que negar también al hombre Jesucristo el honor de la actividad. Los teólogos evangélicos que llevan las consecuencias hasta ese punto, se ponen en contradicción con su exigencia fundamental. Porque el honor de Dios no se asegura del mejor modo posible describiéndolo a El solo como activo y a las creaturas por El causadas como pasivas. ¿Es que no va a tener fuerza para crear actividad fuera de Sí mismo? Significa mayor honor para Dios, ser capaz de conceder actividad también a sus creaturas y tanto más, cuanto más intensa sea esa actividad. Justamente en la actividad de los hombres Dios se manifiesta como el potente y poderoso, el misericordioso y creador. Además sigue en pie que El solo es la fuente de toda actividad humana. En este sentido es cierto que a El solo se debe todo honor. La actividad salvadora humana no hace ningún perjuicio al honor de Dios, sino que lo manifiesta. En ella ocurre una autorrepresentación de Dios.

Respecto a la realización de la salvación fundada sólo en Dios, no vale la fórmula «sólo Dios», sino la fórmula «Dios y el hombre» o «Cristo y la Iglesia». En ella se expresa intuitivamente la doctrina católica. Sin embargo, hay que interpretar la fórmula cuidadosamente para no incurrir en funestos malentendidos.

En la fórmula «Dios y el hombre» la particular «y» no une al hombre y a Dios entre sí como compañeros iguales. Dios y el hombre no pueden de ningún modo ser compañeros en un mismo plano. Suponerlo sería contradecir el Evangelio tanto como la unilateralidad protestante. Tal interpretación de la fórmula «Dios y el hombre» conduciría a un falso sinergismo. Pues Dios es Dios, es decir, independiente, y el creador de todo lo no-divino. El hombre, en cambio, es creatura, es decir, totalmente dependiente, tanto en el ser como en la acción. La dependencia del hombre respecto a Dios no puede ser ni negada, ni disminuída en ningún momento. La partícula «y» refuta, por tanto, acertadamente el error del unilateral «sólo Dios»,

pero sin una explicación más precisa puede malinterpretar la relación positiva entre Dios y el hombre. Tropezamos aquí con un límite de nuestras posibilidades lingüísticas. Sin embargo, la fórmula católica sigue siendo justificada, porque expresa la participación tanto de Dios, como del hombre, y no suprime, por tanto, nada. Pero demuestra que no podemos hacer teología alguna sin acentuar el carácter analógico de todas nuestras afirmaciones.

La fórmula católica no pretende, pues, de ningún modo borrar la dependencia del hombre respecto a Dios, ni siquiera amortiguarla. Sin embargo, destaca que el hombre no es ante Dios un trozo de madera o una piedra o cualquier otro ser inanimado que Dios el Señor empuja y arrastra. En la fórmula se ve que la libertad humana se une misteriosamente a la dependencia plena del hombre respecto a Dios. La libertad no ha sido alcanzada en lucha contra Dios como que fuera en sí un pecado; sino que fué libremente proyectada y creada por Dios.

La grandeza y poder de Dios, su sabiduría y bondad se ven con suma viveza en el hecho de que pudo poner a la creatura causada por El en el modo de la libertad. Sólo Dios es capaz de una acción creadora así. La libertad pertenece, por tanto, íntimamente al carácter de Creatura del hombre. Significa un elemento de su dependencia de Dios. Esta se realiza en el modo de la libertad. Del mismo modo que la libertad está implicada en el carácter de creatura, el carácter de creatura está implicado en la libertad.

Resumiendo podemos decir: ni el honor de Cristo ni el honor de Dios son heridos, cuando la Iglesia es incorporada a la acción salvadora, y en especial a la función mediadora de Cristo.

3. Estas conexiones reciben una explicación más si reflexionamos en qué especie de encuentro es el que ocurre entre la Iglesia salvadora y Cristo. Con ello llegamos al tercer grado de nuestro análisis. Hemos visto que la Iglesia es Cuerpo de Cristo, Esposa suya, Pueblo de Dios. Esto tiene por consecuencia su semejanza con Cristo. Sus miembros logran la semejanza a Cristo por medio del carácter sacramental, que el bautismo, confirmación y orden imprimen al sujeto de ellos. Estos tres sacramentos producen una semejanza a Cristo que se va intensificando gradualmente. Quien es semejante a Cristo por el carácter sacramental, puede desempeñar el papel de Cristo. Puede representar a Cristo durante el tiempo de su relativa ausencia entre la Ascensión y su Vuelta.

Representando a Cristo, puede realizar la obra de Cristo, actualizándola. Lo que él hace entonces, no es suyo, no es obra humana sino palabra salvadora y acción salvadora del Señor. Quien no lleva en sí esa semejanza a Cristo no puede desempeñar el papel de Cristo; pues no puede representarlo. En el fondo es Cristo mismo—acentuémoslo una vez más—quien hace accesible su propia obra, actualizándola, a la generación respectiva por medio del hombre hecho semejante a El en el bautismo y confirmación o en el orden sacerdotal. Usa a los hombres que son capaces de representarlo como instrumentos. A quienes les falta tal capacidad no los usa para ello. El hecho de que proceda así, se funda en su eterno consejo. Sobre el tipo de tal «actualización» véase el vol. VI, § 226.

Estos hechos y conexiones se hacen todavía más comprensibles si reflexionamos en lo siguiente: en el pecado el hombre se defiende contra la influencia de Dios y de Cristo. Se cierra en sí mismo. Gira alrededor de sí mismo y prohíbe la entrada de Dios en su yo. El pecado aísla. *El pecador es en un sentido último* y muy profundo un solitario; pues el pecado destruye las verdaderas relaciones humanas. En último extremo la soledad causada por el pecado es vivida como infierno. En la Redención el hombre es liberado de la esclavización al poder del pecado. Es abierto a Dios. Dios, su amor y verdad, entre en el hombre redimido. En él puede obrar, por tanto, Dios. La actividad de Dios en un hombre abierto a El no se detiene aprisionada en él; sino que a través de él y más allá de él llega hasta nosotros, sin prescindir—claro está—del lleno de Dios.

Lo que dice y hace está lleno del Dios que vive y obra en él. El hombre redimido se convierte así en instrumento de la acción salvadora de Dios. No es un instrumento muerto o natural de Dios, sino instrumento libre. La acción de Dios penetra en la acción del hombre. La actividad del hombre se convierte en recipiente de la acción salvadora de Dios. El hombre redimido por Dios es, pues, por su parte, capaz de actividad salvadora, en cuanto que es capaz de acoger en su acción la acción salvadora de Dios y darle representación y eficacia histórica. La acción de Dios llega en la del hombre a su resultado y éxito, a su poder salvador. El hombre redimido por Dios puede en Dios mismo cumplir funciones salvadoras. Pues en él actúa Dios. Cuanto más perfectamente haya sido redimido un hombre, cuanto más amplia y profundamente esté abierto a la verdad y amor de Dios, con tanta más vida podrá obrar Dios por medio de él, con tanta mayor intensidad podrá el hombre, en su propia

acción, llevar a otros la verdad y salvación de Dios. La Redención funda unidad y comunidad, primero entre Dios y el hombre y pasando por Dios, también entre los hombres. Vuelve a restablecer y producir las relaciones humanas destruidas por el pecado. Cuanto más santo es un hombre, tanto más abierto está a los demás.

Por eso María está incorporada y llamada a Cristo de un modo superior al de todos los demás hombres para las funciones salvadoras. En ella se manifiesta la actividad salvadora de toda la Iglesia, en cuanto que en ella se resumen. Véase *Mariología*, § 8.

Para nuestro problema resulta de ello lo siguiente: existe la norma de que los bautizados, confirmados y ordenados, en razón de la estructura de semejanza a Cristo que les ha sido impresa, sean llenados de Cristo de forma que El obra en ellos y por medio de ellos de la manera que hemos descrito. Lo contrario sería anómalo; el caracterizado con los rasgos de Cristo caería en contradicción consigo mismo, porque con su egoísmo y orgullo con sus pecados, impide la entrada a Cristo y no le deja manifestarse en él como exigiría su cristiformidad. La semejanza a Cristo no cumpliría su sentido en un bautizado o en un ordenado en pecado. También tal hombre podría desempeñar sin duda el papel de Cristo. También Cristo lo puede utilizar como instrumento, porque a consecuencia de su semejanza a Cristo representa y manifiesta realmente a Cristo. Además el individuo es soportado en la Iglesia por todo el Cuerpo de Cristo, por todo el Pueblo de Dios, de forma que la actividad de Cristo, cuando se sirve de un miembro pecador de la Iglesia, empieza sin duda en él, pero sigue su camino a través de los que se abren a El.

Se puede decir, por tanto, que la actividad mediadora de salvación de la Iglesia no sólo no causa ningún perjuicio a Cristo, sino que presta figura concreta y corporal a su actividad. La función salvadora de la Iglesia cumple la ley introducida en la historia por la Encarnación de Dios, a saber, que lo divino se encarna y representa en lo humano y se sirve de lo humano como de medio e instrumento. Esta ley se hace válida, cuando Cristo se sirve de instrumentos humanos para su obra salvadora, y además de forma que respeta sus características y libertad, lo cual significa, que ellos mismos se dejan usar por El como instrumentos, que ellos mismos dejan que su propia actividad penetre en la actividad de Cristo o más bien, que sea incorporada por Cristo a su propia acción salvadora.

II. Testimonio de la Escritura

La Escritura atestigua que Cristo se sirve realmente de la Iglesia como de un instrumento visible para su actividad salvadora hasta el fin de los tiempos y que para ello utiliza, de modos diversos, a los miembros de la Iglesia. Las estructuras de semejanza a Cristo creadas por el bautismo, la confirmación y el orden, fundan por su parte diversas estructuras en la edificación de la Iglesia. Hablemos primero del primer elemento. Cierto que no se puede hablar de él sin hablar a la vez de diversidad de estructuras de la Iglesia. Sin embargo, ahora sólo vamos a hablar de ésto de pasada. En los próximos párrafos explicaremos más detenidamente la diversidad en el carácter instrumental de la Iglesia.

El hecho de que Cristo incorpore a la Iglesia en su acción salvadora, sobre todo, en la actividad salvífica que realiza en el Espíritu Santo entre su Ascensión y vuelta es atestiguado por la Sagrada Escritura, cuando con ocasión de la llamada de los discípulos, pone en boca de Jesús las siguientes palabras: «Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres» (*Mc.* 1, 17). Los discípulos deben, por tanto, reunir a los hombres del mar de la historia e insertarlos en el reino de Dios. Las palabras de Cristo expresan muy claramente la actividad de los discípulos. Cierto que sólo pueden ser activos en razón de la llamada de Cristo. Lo mismo significan las palabras: «y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar» (*Mc.* 3, 14). Según estas palabras se da poder a los doce. No se haría justicia a las palabras del Señor, si no se viera en ellas una autorización y mandato para la propia actividad salvadora de los discípulos. Por otra parte no pueden cumplir su servicio por propio poder, sino sólo participando de la acción, de la palabra y de la obra mediante los que Cristo instaura el reino de Dios. Existe, por tanto, cierta independencia de los discípulos, pero a la vez hay una estrecha unión entre ellos y Cristo. Ambas cosas—la relativa autonomía y la estrecha solidaridad—se expresan en las palabras que ya hemos citado como testimonio del nombramiento de los discípulos como enviados y representantes de Cristo mientras dura su relativa ausencia (§ 167 c). Quien recibe a los discípulos, le recibe a El; quien oye a los discípulos, a El escucha, quien los desprecia, le desprecia a El, y quien le desprecia a El desprecia al Padre celestial (*Mt.* 10, 40; *Lc.* 10, 16; *Jn.* 13, 20; 17, 18). La importancia del poder magisterial y disci-

plinar de la Iglesia para la Salvación, se deduce clara y unívocamente de *Mt.* 16, 19, y 18, 18. H. von Campenhausen dice en *Kirchliches Amt und geistliche Vollmacht* (1953), 137-143: «El juicio de Dios es en la Iglesia no sólo predicado, sino cumplido. Su acción es la acción presente de Dios mismo» (Campenhausen tiene las palabras de San Mateo citadas por formaciones de las primitivas comunidades). También en *Jo.* 20, 23, se encarga a los Apóstoles obrar salvadoramente, al concedérsele el poder de perdonar pecados. Según la narración de los *Hechos de los Apóstoles* y según las epístolas neotestamentarias los discípulos ejercen el poder de misión que Cristo les transmitió. Según *Act.* 1, 8; 8, 15-18; 15, 28; 20, 28, ellos son los instrumentos salvadores del Espíritu Santo. Según *I Pet.* 1, 12, predicán el Evangelio del Espíritu enviado del cielo. Su Evangelio no ocurre sólo en la palabra, sino en la fuerza y en el Espíritu Santo (*I Thess.* 1, 5; 2, 13). Según *II Cor.* 5, 18-20 a los Apóstoles les ha sido encargada la obra de la reconciliación y no sólo en el sentido de que deben hablar de la reconciliación que un día ocurrió en la Cruz, sino en el sentido de que mediante la palabra apostólica sobre la reconciliación es obrada aquí y ahora la reconciliación de los hombres con Dios: «Mas todo esto viene de Dios que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Porque, a la verdad, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo y no imputándole sus delitos, y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios» (*II Cor.* 5, 18-20). El servicio del Apóstol obra, por tanto, reconciliación con Dios. Puede causar también condenación. Según *I Cor.* 5, 3-5 el Apóstol, en un acto de disciplina eclesiástica, entrega un pecador a Satanás para perdición de la carne. Está convencido de que Dios confirma su juicio. La meta de la disciplina eclesiástica es, sin duda, la salvación. Cosa semejante aparece en *I Tim.* 1, 12 y en *II Cor.* 2, 14-16. Con especial énfasis se expresa la fuerza salvadora de la actividad apostólica en *Rom.* 15, 15-19: «Sin embargo, os he escrito a veces más libremente, como despertando de nuevo vuestra memoria, en virtud de la gracia, que por Dios me fué dada, de ser ministro de Jesucristo entre los gentiles, encargado de un ministerio sagrado en el Evangelio de Dios, para procurar que la oblación de los gentiles sea aceptada, santificada por el Espíritu Santo. Tengo, pues, esta gloria en Cristo Jesús, por lo que mira al servicio de Dios; porque

no me atreveré a hablar de cosa que Cristo no haya obrado por mí para la conversión de los gentiles, de obra o de palabra, mediante el poder de milagros y prodigios y el poder del Espíritu Santo.» En *I Cor.* 3, 9, los Apóstoles son llamados hasta colaboradores de Dios: «Porque nosotros sólo somos cooperadores de Dios, y vosotros sois arada de Dios, edificación de Dios.» En *I Thess.* 3, 2, Timoteo es llamado colaborador de Dios. Hay que tener en cuenta ciertamente que algunos manuscritos de *I Cor.* 3, 9, no hablan de colaboradores, sino de servidores de Dios. También el texto *II Cor.* 1, 15 en que San Pablo asegura a los Corintios, que quiere desde hace mucho volver otra vez con ellos para llevarles una *Charis*, significa que San Pablo quiere llevar a los Corintios gracia divina (lo mismo en *II Cor.* 8, 23; *Rom.* 1, 10-15). Estos textos indican que la Iglesia tiene pleno poder y mandato para ser mediadora de la salvación, actualizando la palabra y obra de Cristo. La doctrina del Protestantismo de que obra sólo Dios y mediante la Iglesia, mediante sus palabras no hace más que asegurar a los hombres la gracia divina, no puede fundamentarse en la Sagrada Escritura, está incluso en contradicción con ella. Recibe su fuerza sin duda de un *a priori* preteológico, de un determinado sentimiento de la vida y de un determinado modo de pensar filosóficamente, que influyen perjudicialmente en la interpretación de los textos evangélicos. Se puede sospechar que la tesis protestante está apadrinada por la filosofía idealista, por la espiritualidad neoplatónica y sobre todo por el sentimiento trágico de la vida nacido de la fe germánica en el destino. La espiritualidad neoplatónica conduce a infravalorar la mediación salvadora concreta y visible que ocurre aquí y ahora. La fe en el destino suscita la convicción de la soliacividad de Dios. Como la tesis del Protestantismo no tiene su patria en el Evangelio, es difícil superarla con razones exegéticas. Puede ser refutada sin duda, pero no es alcanzada por los argumentos exegéticos, porque se asienta en ciertos estratos de la vida más profundos que los que pueda alcanzar la explicación científica.

La cuestión «comunidad de salvación o institución salvadora» puede, por tanto, ser contestada en el sentido de que la Iglesia es tanto lo uno como lo otro. Es incluso lo uno en lo otro y mediante lo otro. Ya que es comunidad de salvación porque da la salvación en Cristo y por Cristo. Y en tanto que es comunidad de salvación es capaz de ser continuamente y siempre mediadora de la salvación.

San Agustín expresa esto diciendo que la Iglesia se predica a sí misma el Evangelio. En la *Explicación de los Salmos* dice (*In Ps.* 118, 19, 1; PL 37, 1554): «Acuérdate de tu comunidad, aquella que desde el principio hiciste tuya, la que redimiste para hacerla tu tribu propia, del monte de Sión, en que pusiste tu morada» (*Ps.* 74, 2). Los que confiesan son muchos corazones pero uno sólo el de los que creen... Pues muchos pecados confiesan los hombres, una sola fe creen. Si Cristo empezó, por tanto, a vivir en el hombre interior por la fe (*Eph.* 3, 17) y a poseer a quien confesó, el Cristo total—Cabeza y Cuerpo—es uno compuesto de muchos... Ahora bien, hable la Cabeza o hable el Cuerpo, siempre habla Cristo: habla desempeñando el papel de Cabeza o el de Cuerpo. ¿Cómo está escrito? «Serán dos en una sola carne.» Es un gran misterio. Me refiero a Cristo y a la Iglesia (*Eph.* 5, 31-32). Y el Señor en el Evangelio: «Por tanto, no ya dos, sino una sola carne» (*Mt.* 19, 6). Son, como sabéis, dos personas, y, sin embargo, una sola por la unión matrimonial... Esposo se llama El en cuanto Cabeza, Esposa en cuanto Cuerpo... «Quiero anunciar tus maravillosas obras.» Aquí Cristo se predica a sí mismo, pero también se predica en aquellos que ya son sus miembros, para producir otros; deben ser producidos nuevos miembros y unirse a aquellos por quienes es predicado el Evangelio; y será un solo Cuerpo bajo una sola Cabeza, en un Espíritu, en una vida.»

En el *Tratado 21, 7 y sig. sobre el Evangelio de San Juan* se dice (BKV 8, 361 y sig.; PL 35, 1568 y sig.): «Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace El, y le mostrará aún mayores obras que éstas, de suerte que vosotros quedéis maravillados» (*Jo.* 5, 20). A nosotros nos mostrará las grandes obras, no a El; pues como el Padre nos las mostrará, se añade: «y os admiraréis». Con ello explica lo que significan las palabras «el Padre me mostrará». Pero ¿por qué no dice «el Padre os mostrará», sino «mostrará al Hijo»? Porque también nosotros somos miembros del Hijo; y lo que nosotros, sus miembros, aprendemos, El mismo lo aprende en cierto modo en sus miembros... A quien dijo: «Lo que disteis a uno de mis pequeños, a mí me lo disteis» (*Mt.* 25, 45), vamos a preguntarle ahora: Señor, ¿pero cuándo has aprendido Tú, que eres el maestro de todos? Y en seguida nos responderá en la fe: cuando aprende uno de mis pequeños, aprendo yo.

Dejad, pues, que demos gracias y albricias, por habernos convertido no sólo en cristianos, sino en Cristo. ¿Entendéis, hermanos, la gracia de Dios en nosotros, la comprendéis? Admiraos, alegraos: nos hemos hecho Cristo. Pues si El es la Cabeza, nosotros somos los miembros; el hombre completo es El junto con nosotros. Y así dice San Pablo: «Para que ya no seamos niños que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error» (*Eph.* 4, 14). La plenitud de Cristo, por tanto, es Cabeza y miembros. ¿Qué significa «Cabeza y miembros»? Cristo y la Iglesia. Sería una petulancia orgullosa, si El no se hubiera dignado prometérselo, pues El dice por boca del mismo Apóstol: «Pero vosotros sois el Cuerpo de Cristo y sus miembros» (*I Cor.* 12, 27).

Por tanto, cuando el Padre muestra algo a los miembros de Cristo, lo muestra a Cristo. Ocurre un gran milagro, pero verdadero: se muestra a Cristo lo que ya sabía y es mostrado a Cristo... Es mostrado a los miembros por la Cabeza. Ve, considéralo, supón que quieres coger algo con los ojos cerrados; la mano no sabe dónde toca; y, sin embargo, la mano es, sin duda,

uno de tus miembros, pues no está separada de tu cuerpo; abre los ojos, y ya ve la mano dónde tiene que ir: por la indicación de la cabeza se dirige el miembro... Así es mostrado a Cristo por Cristo. La Cabeza muestra, en efecto, para que los miembros vean, la Cabeza enseña, para que los miembros aprendan: y, sin embargo, Cabeza y cuerpo son un solo hombre.»

En la *Explicación del Salmo 74, 4* (PL 36, 948 y s.) dice: «Quienes temen me verán y gozarán, porque he esperado en tus palabras»; es decir, en las que tú has prometido para que sean hijos de la promesa, progenie de Abraham, en quien son bendecidos todos los pueblos. ¿Pero quiénes son los que temen a Dios y a quien verán y gozarán por haber esperado en la palabra de Dios? Si es el Cuerpo de Cristo, es decir, la Iglesia, quien eleva aquí su voz por medio de Cristo o si se trata—en ella y sobre ella—de la voz de Cristo, que habla sobre sí mismo, ¿no son ambos quienes temen a Dios? ¿Quién es, por tanto, aquel a quien verán y gozarán? El pueblo mismo se ve y se alegra porque este pueblo es la Iglesia misma, que ve a la Iglesia...»